

MANUEL ANTONIO GARRETON

Hacia una nueva era política. Estudio sobre las democratizaciones.
Fondo de Cultura Económica, Santiago de Chile, 1995, 292 páginas.

Estamos ante un conjunto de ensayos que el mismo autor confiesa en su prólogo, representan la culminación de sus reflexiones sobre los procesos de democratización, que en una u otra forma han vivido los países de América Latina en tiempos recientes.

Esos análisis están especialmente referidos al caso chileno, que aún con sus particularidades debidamente ponderadas, le permiten al autor extraer conclusiones más generales. A su juicio, estaríamos en presencia de una crisis de una determinada matriz socio-política, dentro de la cual se habrían desarrollado nuestras sociedades luego de la gran depresión de los años 30, matriz que ahora estaría siendo sustituida por otra de rasgos todavía no muy bien definidos, pero en todo caso diferentes de los de la anterior.

El libro se inicia con un capítulo en el que se intenta contextualizar teóricamente el tipo de análisis adecuado para penetrar la realidad de los referidos procesos democratizadores. Para ello, el autor alude a la ya tan socorrida tesis sobre la "crisis de los paradigmas" según la cual habrían quedado obsoletos dos tipos de enfoques sociológicos, utilizados exhaustivamente en décadas pasadas. Aquel que escogía a un factor como determinante en la estructura social, "cuyos otros niveles o componentes aparecían como efecto o reflejo de aquellos", y aquel otro consistente en que una supuesta sociedad "de llegada" predefiniría el tipo de cambio social deseable y predestinado a prevalecer.

No se puede sino estar de acuerdo con esta crítica a metodologías tan dogmáticas y estrechas como las decritas por el autor. Pero dudo mucho que esos rasgos pueden ser atribuidos a las vertientes sociológicas de raíz parsoniana, por mucho que éstas enfatizen la significación de las categorías culturales en el proceso social, antes bastante descuidadas.

Con más razón aún, no creo que los mencionados reparos puedan hacerse tampoco a la vertiente sociológica marxista, por más que esta envuelva una adecuada ponderación del carácter "estructural" de la realidad social. El mismo Marx visualiza a la historia y a su propio actor, el hombre, como una "creación" de él mismo, con todo lo que implica el término creación. Señala también que los "hombres hacen su propia historia, pero no lo hacen arbitrariamente, en las condiciones

elegidas por ellos, sino en las condiciones dadas y heredadas del pasado". Asimismo, lejos de considerar el marxismo al "ideal" de la sociedad, como determinante de lo que debe hacerse, el propio Marx afirmaba que "el comunismo no es un estado de cosas que deba implantarse, no es un **ideal** al cual **deba** acomodarse la sociedad, sino es el movimiento real que niega y va superando las contradicciones del estado actual de cosas. Y remacha este concepto, en otro texto, cuando insiste en que "el comunismo es...el principio dinámico del futuro inmediato, pero el comunismo **no es como tal, la meta del desarrollo humano**, la forma de la sociedad humana". Pero, claro está, otra cosa que lo que manifiestan estas sentencias de Marx, es lo que **dicen o hacen** los vulgarizadores de su pensamiento.

Más que la crítica a matrices teóricas abstractas, real o supuestamente superadas, le preocupa a nuestro autor en estos ensayos la caducidad de aquella otra matriz, -de carácter socio-político,- que se fue desarticulando en este proceso de crisis de los años sesenta y que condujo a una ola de regímenes militares dictatoriales primero, y luego a la lucha por removerlos y sustituirlos por nuevas democracias, todavía en trance de consolidarse.

Esta matriz colapsada constituiría una suerte de fusión entre el Estado, los sistemas políticos de partidos y la sociedad civil, ya fuera "como imbricación entre algunos de ellas, ya fuera subordinado una a otros, ya fuera suprimiendo algunos".

No tengo nada en contra de una constatación de esta serie de imbricaciones, subordinaciones o supresiones entre los elementos del proceso político, experimentados por las todavía frágiles democracias y débiles economías latinoamericanas durante la mayor parte del siglo. Pero lo que debe quedar en claro es que la raíz de la crisis de la matriz a la que nos estamos refiriendo se encuentra en el agotamiento de las potencialidades del modelo llamado de "desarrollo hacia adentro", "sustitutivo de importaciones" o de "industrialización fácil", para seguir promoviendo simultáneamente el desarrollo económico y la justicia social en los marcos del orden social capitalista y del llamado Estado de compromiso. Dicho agotamiento fue producto de un "empate social" entre las fuerzas que se disputaban la mayor tajada en la distribución de los frutos de los avances económicos alcanzados en las primeras etapas de desenvolvimiento de dicho modelo. Empate social que se reflejó entre otras perversidades en una inflación descontrolada, que además de hacer imposible el necesario proceso de acumulación para proseguir el desarrollo, generó un clima de inestabilidad político y social que desorganizó a la sociedad como conjunto y que creó las condiciones para que la cuerda se cortara por lo más delgado. Y no fué en la dirección del socialismo hacia donde se encaminaron las sociedades ante el fracaso del despreciado "reformismo", como lo pregonaban los teóricos de un marxismo trasnochado, sino fueron las Fuerzas Armadas, conservadoras por naturaleza y ahora ya habiendo racionalizado ese rol, las que cortaron esa cuerda e impusieron coercitivamente mediante la represión

una dictadura de clases, sobre las ruinas del Estado de Derecho, donde lo había, o sobre sus gérmenes, dónde todavía no había madurado suficientemente.

El cuerpo del trabajo de Manuel Antonio Garretón está constituido por el análisis de la transición misma a la democracia luego del desmoronamiento en variadas formas de los autoritarismo castrenses. Desmoronamiento que no fue el resultado de subversiones populares violentas y radicales, luego de derrotas político-militares de los ejércitos atrincherados en el poder, sino casi siempre se produjo en formas que podríamos genéricamente llamar "pactadas", y que fueron en el fondo negociaciones o compromisos, en los que se reflejó la real correlación de fuerzas, el avance de las luchas democratizadoras y la pérdida creciente de legitimidad de las dictaduras. Además, reflejo también algunas situaciones especiales que le dieron mas colorido a la retirada castrense, como lo fue la ignominiosa derrota militar de los militares argentinos en las Malvinas.

Garretón distingue acertadamente varias modalidades de estas retiradas negociadas de los militares del poder. Como así mismo considera aquellos procesos de democratización que, como en el caso mexicano o el colombiano, el poder no había caído anteriormente en manos castrenses, y su democratización consistió más bien en una evolución desde formas autoritarias y cerradas de institucionalidad republicana hacia modalidades más abiertas y participativas.

Distingue a su vez el autor, -cuando procede- entre una fase de verdadera transición a la democracia -que en el caso chileno culmina con la asunción al poder del Presidente Aylwin en 1990,- y otra fase de consolidación de la misma, caracterizada por el término de los multiformes enclaves autoritarios que las dictaduras dejaron instaladas y que no fue posible extirpar en las negociaciones que las alejaron del poder.

La gran tarea de los demócratas es ahora en América Latina, según Garretón, desprenderse de estos enclaves autoritarios, no solo en cuanto ello debe significar más participación y más democracia, sino porque, como lo subraya el autor, y lo muestra dramáticamente el caso chileno, ello es condición necesaria para llevar a cabo las transformaciones sociales y económicas, que conduzcan a una democracia real en la que su dimensión social, traducida en más igualdad y más justicia, en menos desigualdades y menos marginaciones y exclusiones, le puede conferir a esa democracia en verdad su carácter de tal.

La combinación entre desarrollo económico autosustentado y equidad social, debería en esta nueva fase democrática de nuestro desenvolvimiento darse en un marco caracterizado por un robustecimiento de la sociedad civil, por una redefinición del rol del Estado, reduciendo el exagerado ámbito de sus intervenciones, pero haciéndolo más eficiente y funcional con sus tareas esenciales, y por una acentuación del papel de los actores sociales en el seno de una sociedad civil fortalecida y con un Estado fuerte pero limitado en el campo de su accionar. Estos

serían algunos de los rasgos que apuntaría una nueva matriz socio-política, consistente con los cambios experimentados por nuestras sociedades estos últimos tiempos.

El autor al detenerse a examinar más de cerca las características de la transición y de la consolidación de la democracia en Chile, alude a algunas cuestiones de premiosa actualidad. Al referirse a la Concertación de Partidos por la Democracia, como la única base socio-política viable para darle al país un gobierno progresista, democrático y modernizador, subraya dos cuestiones esenciales. La primera, la necesidad de ir desarrollando la propuesta programáticas de la Concertación en relación con sus tareas incumplidas hasta ahora -no solo las políticas, sino señaladamente las sociales, las relativas a la inserción en la economía subcontinental, continental y mundial y las concernientes a la modernización del Estado. Y sostiene la necesidad de hacerlo sin romper la unidad de la coalición, pero tomando en cuenta su carácter plural. "Es aquí, -asevera el autor,- donde la combinación entre la cohesión política, por un lado, con la mayor diversidad de sus integrantes, todo ellas dimensiones indispensables, aparece como la tarea **unitaria** de mayor prioridad". Y avanzar respecto la atrayente proposición de que la "creación de institución y organización de investigación pluralista, propias de la Concertación, de reflexión, difusión y formación de dirigentes puede ser un paso interesante" en la búsqueda de una adecuada articulación entre lo común y lo distinto para construir un proyecto de país.

Luego Garretón se refiere al complejo problema de la correlación de fuerzas internas en el seno de la Concertación, entre la Democracia Cristiana y el eje Partido Socialista-Partido por la Democracia, advirtiendo que si no se resuelve acertadamente la alternativa de las postulaciones a la Presidencia, de manera de no consagrar la permanencia indefinida de la DC en ella, se corre el riesgo de fracturar la Concertación, al enfrentar la próxima elección presidencial. El problema no es fácil de resolver, pero es imposible por otra parte que los socialistas se resignen a cumplir el papel satélite que la Democracia Cristiana italiana le reservó, durante medio siglo, a sus aliados socialistas. Para ayudar a resolver esta cuestión, Garretón sugiere, como muchos otros estudiosos y políticos, que un cambio en el sistema de gobierno, en la dirección de un semi presidencialismo, que es lo mismo que un semi parlamentarismo, podría contribuir a ello, cautelando la persistencia de una coalición política que abarcando al centro político y a la izquierda, continúe haciendo posible la estabilidad política y el progreso social en nuestro país. Sin perjuicio, añado yo, que esto no debiera implicar la sacralización de esta alianza tal como se presenta hoy, por cuanto sería deseable que aquella pudiera abarcar también a esa otra izquierda, ahora fuera de la Concertación, en la medida que abandone los rasgos meramente testimoniales y abruptamente confrontacionales con los que ahora hace presente en el escenario político chileno.

Reseñas Bibliográficas

Por último, vale la pena señalar, que no obstante la recurrente crítica del autor a los ideologismos, a las posturas teóricas globalizantes y su marcada preferencia por las teorías de "alcance medio" y por las posturas más ligadas a la problemática centrada en las gentes, -como se dice ahora,- no cae Garretón en modo alguno en el pragmatismo chato ahora prevalenciente en la "cultura oficial", como el mismo lo advierte sin reservas al señalar que "el despegue económico y el éxito de la transición política pueden quedar bloqueados, si la sociedad no libera energías de reflexión, creación, discusión y acción en el dominio cultural, es decir, si no generan imágenes y propuestas sobre lo que queremos como nuestra vida colectiva y de las condiciones sociales de la realización individual para el futuro. Se trata, agrega, del "proceso social de producción de orientaciones valorativas y normativas que luego deben cristalizar en innovación y transformación institucional".

Clodomiro Almeyda Medina

BERNARDO GUERRERO J.

A Dios Rogando ... Los pentecostales en la sociedad aymara del norte grande de Chile.

Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 1987, 111 p.

El autor de este estudio hace un aporte valioso al desarrollo de la sociología de la religión en Chile. Desde la perspectiva metodológica, el estudio se caracteriza por la Primera Rogación. Por medio de esta oración personalizada, el autor, en el tiempo y el espacio, abarca los casi cuarenta años de desarrollo del pentecostalismo en el altiplano chileno, siendo el actor central la Iglesia Evangélica Pentecostal. Este aporte regional se agrega a otras monografías del mismo carácter que han ido apareciendo en el último tiempo y que buscan explicar el avance del pentecostalismo evangélico en Chile, lo que ha cambiado el mapa religioso en el país.

Guerrero adopta una postura ecléctica en cuanto a los aportes que diversos estudiosos del fenómeno han hecho. Considera que así se hace justicia a la complejidad del tema en cuestión, ya que ninguno ha logrado dar con la clave explicativa del hecho que se percibe.

El contenido del trabajo se centra en la interpretación del contraste y la similitud de los papeles que juegan el pastor y el yatiri en la sociedad aymara. Esto en